

RAÍCES COMUNES: LOS COMIENZOS DE LA CASA DE AUSTRIA EN EUROPA CENTRAL Y ESPAÑA.

A propósito de: Joachim Bahlcke, *Regionalismus und Staatsintegration im Widerstreit. Die Länder der böhmischen Krone im ersten Jahrhundert der Habsburgerherrschaft (1526-1619)*.

München, Oldenbourg 1994.

por Albrecht von Kalnein

I

He aquí¹ un libro destacable para el historiador de la época moderna, que reviste especial interés para los estudiosos de la Historia española. Su título en castellano: *Entre regionalismo e integración estatal. Los países de la Corona Bohemia en el primer siglo de dominio habsbúrgico, 1526-1619*.

Su autor, Joachim Bahlcke, se doctoró en la Universidad de Freiburg/ Brisgovia con el prof. G. Schramm, en 1993. Bahlcke pertenece hoy al equipo investigador del Centro de Investigación Histórica y Cultural de Europa Central Oriental, de Berlín; el instituto, a su vez, depende de la prestigiosa Max-Planck-Gesellschaft mediante la «Fördergesellschaft Wissenschaftliche Neuvorhaben» (Sociedad de fomento / sustento para proyectos nuevos de ciencias humanas). El Centro arraiga en el terreno fértil del sistema científico de la antigua RDA: en el estudio de los países vecinos de Europa central-este, a cargo de la extinta Academia de Ciencias, Berlín-Este. Experimentó una profunda evaluación y reestructuración entre 1990 y 1992, y fue recibiendo varios investigadores jóvenes de las universidades de Alemania occidental.

El libro, de unas 550 páginas en total, nos lleva a la «Gründerzeit», la época fundadora del imperio austríaco en la Europa central. En 1526, después de la decisiva Batalla de Mohacs, los Austria recogieron los

1. Que este artículo sea dedicado a los amables compañeros del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona.

frutos de la política hereditaria del emperador Federico III (1415-1493) *Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube*. Los Habsburgo heredaron tras la muerte de Luis II el dominio sobre los países de la Corona de San Wenceslao, junto con la parte de Hungría que quedara libre del imperio turco.

Formaban parte de aquella Corona de Bohemia los siguientes países: Bohemia, Moravia, Silesia y Lusacia. Eran un conglomerado de una geografía poco homogénea, lo cual se reflejaba en la historia de dichos países. La «Corona» pertenecía, a su vez, a un imperio superior, el Sacro Imperio, presidido también por la dinastía de los Austria.

El año 1619 marca el fin del primer siglo del nuevo dominio austríaco, tanto por la sorprendente elección libre de un Rey por parte de los estamentos de la Corona, como por la audaz Confederación Bohémica de los estamentos para proteger sus derechos político-confesionales.

A continuación, voy a presentar -guiado por el libro de Bahlcke- de forma condensada, la historia del primer siglo del dominio habsbúrgico en la Corona de Bohemia (II). El capítulo siguiente aporta algunas consideraciones, a modo de breve crítica, al profundo estudio de Bahlcke. Cierra este artículo un capítulo (IV) que ofrece perspectivas de historia comparativa entre los territorios oriental y occidental de la Casa de Austria.

II

Entre las dos fechas mencionadas, 1526 y 1619, hay episodios memorables que reúnen, para el historiador, casi todos los factores que iban a salpicar la historia y que fueron presentados por Bahlcke:

- 1547 Revuelta de los estamentos bohemios.
- 1563 Fin del Concilio de Trento; Contrarreforma.
- 1575 Confesión Bohémica; Unión de la mayoría de las corrientes protestantes.
- 1593 Inicio de la «Guerra larga» contra los otomanos.
- 1600 Acusados indicios de enfermedad psíquica de Rodolfo II, inicio de la disputa intrafamiliar por el poder.
- 1609 «Majestätsbrief» - Carta regia de privilegios de los estamentos.
- 1618 Defenestración de secretarios del gobierno en Praga.
- 1619 Elección de Federico del Palatinado como Rey de Bohemia.

1) Los estamentos bohemios². Los brazos se agrupaban en tres grupos: dos de nobles (señores e hidalgos, digamos) y uno de ciudades. El cuarto, el de los preladados, se había extinguido, en torno a 1420, víctima de la reforma husita. Las ciudades -Praga, Plzen, Budejovice, Krumlov³ etc., todos prestigiosos emporios mercantiles- habían sobrevivido tanto al empuje de los husitas como a los intentos de sofocarlo por parte de la aristocracia.

El eslabón principal entre los varios países de la «Corona» era el monarca. Cada reino de aquella unión -Moravia, Silesia, Lusacia,...- ostentaba un orden político propio y características propias en el sistema político-estamental. En Moravia, por ejemplo, la iglesia y las ciudades formaban un solo brazo, mientras que la aristocracia se desdoblaba en otros dos. Como la nobleza mediana no podía equipararse con los «Herren», la alta aristocracia, y como el todopoderoso obispo de Olomouc siempre procedía de este estamento, toda la vida política giraba en torno a los señores.

En toda la Corona de Bohemia los distintos estamentos gozaban, a inicios del XVI, de excepcional prestigio y poderío, debido, sobre todo, a la historia política anterior. Mientras que en el siglo XIV, en Bohemia, brillaba una dinastía fuerte -los Luxemburgo, Carlos IV- y había una unidad espiritual, en el XV era todo distinto. La protorreforma y la revolución husita llegaron a deshacer, junto con regencias y cambios de dinastía, gran parte de aquel esplendor. Los brazos, junto con la monarquía, estuviera en manos de infantes/regentes o disputada entre varias dinastías, debían salvaguardar el orden público y la unidad territorial. Justo antes del advenimiento de Fernando I de Austria, era en grado aún mayor, puesto que su antecesor -Luis II- había residido en el exterior, en Hungría. Las familias regnícolas de Bohemia, por ello, fortalecidas por los «éxitos» de los husitas contra la élite germánica del s. XIV y la ausencia del rey, se presentaban orgullosas y con clara vocación política al nuevo monarca Fernando I, hermano de Carlos V.

2. Presento a continuación los factores principales de la historia de Bohemia del s. XVI, tomando como base el libro de Bahlcke. Pondré de relieve, implícitamente, por ende, lo acentuado por el autor.

3. El siglo XVI conoció un auge de la filología checa con la elaboración de diccionarios, manuales de gramática, libros de poesía; dicho auge se extinguió con motivo de la «revuelta bohemia» de 1618-19 y de la pública degollación de los cabecillas, en 1621. Cito los topónimos de Bohemia en checo, si bien en los siglos de dominio habsburgo prevalecían, oficialmente, los nombres latinos o alemanes.

Éste, a su vez, llegó con ideas modernas: rey fuerte y «suma potestas» del monarca. Me parece probable que la educación española de Fernando ayudara a desarrollar tal ideario. España ofrecía en torno a 1500 aspectos atractivos para el que pensara en formas protoabsolutistas. La península fue uno de los modelos que tanto impresionaron a Maquiavelo, autor de *El Príncipe* (véase aquel *Speculum Principis*, cap. 16, 21 et pass.)

Fernando, nacido en 1503, era hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca. Se crió en España bajo la tutela de Fernando de Aragón, su abuelo, hasta 1517. Recibió, por parte de Carlos V, la parte oriental del imperio de los Austria y, consecuentemente, contrajo matrimonio con Ana de Hungría, hermana de Luis II. Tras la muerte de éste, en 1526, Fernando heredó gran parte de su territorio, la Corona de Bohemia y Hungría (los Habsburgo no acabarían haciéndose, sin embargo, con la herencia polaco-lituana de los Jagiello, por más que lo intentaran durante las décadas siguientes). El ascenso de Fernando lo llevó al título de Rey de Romanos, en 1531, y, por fin, al del Emperador, en 1558, tras la muerte de su hermano Carlos V. Murió en 1564.

Con la herencia española tras sí -y a su lado, en forma de sus consejeros españoles como D. Gabriel de Salamanca- y la educación más «moderna» de su época, se puso, nada más llegar a Viena, a reformar el gobierno. Fue introduciendo nuevos modos para Hacienda y para los tribunales superiores, mediante la Reforma del 1-1-1527, primero en los «Erbländer» (más o menos la Austria actual); en Bohemia, después. En ambos casos, la meta principal era establecer los consejos de recurso -que dictaban las sentencias últimas- en Viena y controlar la composición de esos tribunales. Otro objetivo fue el establecer un «Geheimer Rat», un Consejo de Cámara suprarregional, con consejeros fieles al monarca, que juzgaran todo asunto crucial para el Rey y el gobierno.

No me parece arriesgado argumentar que esas reformas, con el fin de «homogeneizar» y controlar mejor los diferentes países de la Corona de Bohemia, se relacionaban con las reformas aplicadas en un caso estructuralmente muy parecido, el del Ducado de Borgoña desde mediados del s. XIV, herencia tanto familiar como territorial de Fernando de Austria (ver aquí cap. IV).

Como cualquier reforma en la época moderna, ésta también tardó en cuajar, debido a la resistencia eficaz de los estamentos y de los órganos de gobierno autóctonos. El vehículo más eficaz para acelerar aquella

«nueva planta» acabaría por ser la revuelta de 1547, en Bohemia. Aprovechando la difícil coyuntura de los Austria en Alemania -Liga de Schmalkalden: reforma protestante en armas-, los estamentos intentaron volver por sus fueros. Fernando, hábil gobernante, reaccionó rápida y efectivamente recurriendo, en enero de 1547, tanto a la guerra como a la diplomacia. Los brazos bohemios, reunidos en Junta de Cortes desde el verano del año anterior, no llegaron a convencer a los otros países de la Corona de Bohemia de la honestidad de sus objetivos: no querían utilizar el momento para volver a imponer su superioridad sobre los demás, sino defender legítimamente la Libertad política y la religiosa. Como Sajonia, decana de los países protestantes del Reich, volvió a declararse partidaria del lado imperial-católico, fue fácil para Fernando dividir a los países de la «Corona» y convencer a Bohemia de que se conformase.

Esta victoria le brindó el momento idóneo para activar sus reformas administrativas. En 1548 se estableció, por ejemplo, en el Hradschin de Praga, la Audiencia suprema, regia de pura cepa.

Los brazos, no obstante, seguirían atentos a sus antiguos privilegios, preparados para reaparecer cuando fuera posible. Si bien habrían que esperar bastante, volverían a emerger flamantes en 1618.

2) El siguiente jalón cronológico enlaza de forma ejemplar tres siglos de historia bohemia. Lo que comenzara con la estremecedora revuelta husita iba ardiendo durante el s. XVI y volvió a inflamarse, si bien de forma menos abrupta, en 1619, con la Confederación Bohémica, defendiendo el protestantismo contra las embestidas de la Contrarreforma.

La reforma protestante alcanzó gran parte de la Austria del segundo tercio del s. XVI. Faltó muy poco como para que se declarase protestante todo el imperio oriental de los Austria, con consecuencias nada previsibles respecto al sistema político de todo el Sacro Imperio. Este movimiento cobró tremenda contundencia por su alianza con la política de su tiempo. Los estamentos abrazaban gustosos la confesión protestante aprovechándose de su carácter federalista y protodemocrático. Gracias a Lutero, el lema de Augsburgo (1555) -*Cuius regio, eius religio*-, ofrecía murallas ideológicas contra las pretensiones moderno-centralistas por parte de César o del Papa. Baste, para ejemplificarlo, con remitirnos a una frase regia, por cierto. En junio de 1538, Fernando de Austria comentó, en una carta a su hermano Carlos V: «Señor, los asuntos de Alemania y el hecho de que,

por turno, todos los príncipes se declaren adictos a aquella nueva secta -ya no queda nadie excepto los duques de Sajonia y los de Brunswig-, están de tal modo que veo, Señor, no sólo desorden y confusión aparentes en Alemania, sino también, de no aportar ayuda, el peligro que perdamos toda la obediencia secular que allí tenemos.»⁴

La Iglesia tardó en dar respuesta eficaz al avance protestante por toda la Europa central; mas una vez terminado el Concilio de Trento se lanzó a la Contrarreforma, fuera pacífica o militar. En 1561 ya se había vuelto a establecer el arzobispado de Praga. Con los jesuitas y su colegio cobrando fuerza, se llegó a fundar, en 1585, la Universidad de Praga, fiel partidaria de Roma. El que la de Olomouc (Moravia) le precediera cuatro años indica que aquel obispado siempre había logrado mantener y propagar la fe católica.

De un lado los jesuitas, los colegios y las universidades; de otro lado, los confesores y el entorno personal del Rey -el confesor Pistorius; Lobkowitz, el canciller de Bohemia; los capuchinos con Lorenzo Ruso de Bríndisi- influyeron de forma decisiva en el desarrollo dramático hacia el 1618 en Praga. Otro factor «catolizante» nada desdeñable lo constituía la colonia española en Praga que abarcaba desde algún que otro hispanófilo entre la Casa de Austria -Maximiliano II, Rodolfo II- pasando por consejeros y políticos -el conde de Oñate como el más conocido- hasta las esposas de algunos nobles de Bohemia -Vratislav de Pernstein, casado, en 1555, con Doña María Manríquez de Lara; Adam von Dietrichstein, etc.-.

El ascenso del catolicismo a partir de 1570, en Austria, se refleja en el aire y ámbito de los Reyes. Con Fernando I, y sobre todo Maximiliano II, la división confesional no fue decisiva en la balanza política; al igual que la vida pública en el Sacro Imperio de la segunda mitad del s. XVI seguía funcionando satisfactoriamente. A partir de la década de 1580, sin embargo, se empezó a notar cierta crispación político-religiosa. Los protestantes cerraron filas firmando, en 1575, la *Confessio Bohemica*, carta que reunió a los luteranos con los «Böhmische Brüder» (Hermanos bohemios). A su vez, el lado católico cobraba fuerzas. Mientras que Rodolfo II, después del traslado de la capital en 1583 al Hradschin, no acusaba rasgos de especial fervor, su primo Fernando II simbolizaba al Monarca Católico.

4. Cfr. Quellen zur Geschichte Karls V. Hg.v. A. Kohler. Darmstadt: Wissensch. Buchgesellschaft 1990, p. 229 (publicado en alemán, traducción de A.v.K.).

Estudió con los jesuitas en Innsbruck y tomó posesión del gobierno de «Innerösterreich» (Austria interior) en Graz, el año 1596. Su matrimonio con María Ana de Baviera no hizo sino acentuar su catolicismo. Tanto en Graz como en Praga, proclamado rey de Bohemia en 1617 (y Emperador en 1619), se empeñó en propugnar una cruzada contrarreformista.

Aquel viraje en la gran política del último tercio del s. XVI contribuyó decisivamente a la radicalización de la postura de los estamentos protestantes en la Corona de Bohemia. Tanto más cuanto podían apoyarse, gracias a los logros de la revuelta husita, en un entramado de instituciones político-religiosas: el Directorio y los Defensores, por ejemplo, que se manifestaron bien visibles con ocasión de la Carta de Majestad de julio de 1609 para los estamentos bohemios, concedida por Rodolfo II. El Directorio era un cuerpo establecido paritariamente por los estamentos y que, mediante los Defensores, debía vigilar por el bien religioso y político de los súbditos protestantes.

La atmósfera se iba cargando. Los conflictos entre los estamentos y el Rey, con Fernando I, casi siempre de índole política, se teñían de púrpura, en aquel momento. Los motivos religiosos se impusieron. El caso de Opava/Troppau sirvió de toque de alerta⁵. Este principado, a caballo entre Moravia y Silesia, que desde 1528 formaba parte de la Corona, había abrazado el protestantismo. Los jesuitas, hacia el 1560, ya sólo la llamaban *cittá heretica*. El poderoso obispo de Olomouc, señor espiritual de la ciudad hasta 1528, se esforzaba en volverla a la fe católica y aprovechaba el momento para intentar volverla al debido señorío territorial. En 1567, no obstante, lograron rechazar tal intento, gracias a la firme convicción y reacción de los «Tropenses» y también de la limítrofe Silesia. Mas este caso, como otros, siguió «caliente» durante años y desembocó en las aguas revoltosas de 1618-1619. La creciente conflictividad religiosa, unida al ascenso de la combatividad política de los estamentos -debido en parte al ideario ofrecido en la literatura calvinista-monarcómaca⁶- acabó por estallar en el Tribunal de la sangre de Praga de 1621, con la degollación pública de unos 20 nobles heréticos.

5. Ver Bahlcke 1994, p. 232 y siguientes.

6. Ver Bahlcke 1994, p. 269 y siguientes. Capítulo con el llamativo título de «Libros y erudición: Arranque del pensamiento político».

3) Como tercer factor decisivo hay que destacar el problema otomano. En 1593, empezó otra guerra contra los turcos, que se cerró con la paz de Zsitvatorok, en 1606. Este convenio fue el inicio de un largo período de paz entre los Austria y los otomanos que duró hasta 1683. No conviene aquí profundizar este tema⁷, puesto que sólo nos interesan ahora las repercusiones sobre la Historia del imperio austríaco a finales del s. XVI. El peligro turco tocó muy de cerca. Las comarcas de Hungría, de Estiria y de Moravia sufrieron durante décadas los feroces ataques de las tropas turcas, y de «co-vasallos» como Esteban Bocskay de Transilvania, durante la revuelta de 1604-06.

Puesto que los turcos presionaban desde el s. XV -Constantinopla, 1453- de forma imprevisible y reiterada, los Reyes - Emperadores habían tenido que encargar a los estamentos y hasta a los propios campesinos la tarea de defender las fronteras. Tuvieron que conceder, pues, los privilegios precisos para resistir y combatir *manu militari* a los enemigos. Esto confería, a los estamentos, poderes militares y financieros, para poder organizar y mantener la defensa,⁸ que sus homólogos en los países occidentales de Europa no osaban ni pensar. Tenían armas, recursos financieros, cierto grado de autogobierno y alianzas supraregionales. En los Ausschuß y en los Generallandtage (Junta general de Cortes de los países de Bohemia y Austria), los estamentos conferían y deliberaban con alto grado de responsabilidad. Era lógico que estas sesiones no se limitasen a plantear cuestiones de política exterior. Y, no obstante la introducción del Hofkriegsrat en 1556 -perfectamente comparable al Consejo de Guerra, introducido en España en 1586-, la Monarquía no lograba del todo controlar armas y ejército. Control que Olivares en España, desde el centro, se empeñaría en conseguir con tanto afán; la Unión de Armas se había formado necesaria y casi naturalmente en la periferia, en Estiria, Hungría y Moravia.

El hecho de que en 1606 se invitase a los brazos de otros reinos -Bohemia, Estiria y Moravia- a confirmar la paz con Transilvania (a que

7. Pude entrar algo más en este campo con motivo de la publicación de *Cervantes - Estudios en la víspera de su centenario*. Kassel 1994 (Varios autores). Ver tomo I: Kalnein, *Cervantes und das Goldene Zeitalter. Zur Geschichte Spaniens um 1600*, aquí p. 50-54.

8. El visitante de Graz, bella capital de Estiria, recordará el fabuloso «Zeughaus» de los estamentos con la fabulosa colección de armas de la época moderna.

la «reconciliación con los húngaros quede íntegra por todas partes»⁹) demuestra cuan importante fue el peso político-militar de los estamentos en torno a 1600. Ya se destacó en el capítulo anterior lo bien que podían combinarse el papel político y las demandas religiosas de los brazos. Precisamente, la Confederación Bohémica de 1619, con la que Bahlcke acaba su estudio, fue tan destacable y decisiva por la fusión de esas corrientes.

4) Asombra, a primera vista, que la larga guerra turca de 1593-1606 no sirviera para ensalzar más al monarca, consolidando el prestigio y el poder nacional de la monarquía. ¿Acaso éxitos clamorosos como la toma de Raab en 1598 o la de Stuhlweissenburg, en 1601, no se prestaban a enaltecer al monarca? La paz de 1606, en la que los otomanos por primera vez reconocieron al Emperador como príncipe igual al Sultán, ¿no era bastante favorable para Viena? Hay que recordar aquí el cuarto factor importante de la historia de los Austria en torno a 1600: el «Bruderzwist in Habsburg» (Grillparzer), la grave discordia entre los varios miembros de la dinastía regia. Merece tanto más la atención cuanto se desarrollaba a dos niveles: discordia entre hermanos, primero; disputa entre primos, después.

Los desacuerdos apuntaron alrededor de 1600. Rodolfo II, hijo de Maximiliano II y la Infanta María, nacido en 1552, brillaba por su cultura y su generoso ideario político. La corte en Praga -desde 1578-1583, trasladada de Viena y estratégicamente más expuesta a las líneas turcas- pronto iba a representar un emporio de arte y ciencias del manierismo, atrayendo a Tycho de Brahe, Johannes Kepler, Adrian de Vries, Bartholomäus Spranger. Como gobernante, no obstante, Rodolfo actuaba con poca fortuna (comparable tal vez al Rey Basilio de Calderón), lo que, junto con cierta debilidad mental, le llevó a ensimismarse cada vez más. Alrededor de 1600, como R. J. W. Evans subrayó, las voces críticas se aglutinaron rápidamente, debido tanto a que la cuestión sucesora de ese monarca celibatario persistiese sin solución como a la pujante ambición de Matías, hermano menor del Emperador.

La notoria indecisión de Rodolfo aparentaba volverse crítica, puesto que la bastante pacífica segunda mitad del s. XVI estaba en declive, con

9. Fuente citada en Bahlcke, 1994, p. 315.

señales de terremoto político-confesional. Matías (1557-1619) residía como Statthalter (comparable a Virrey) de Austria inferior en Viena, lugar desde el cual ágilmente «acompañó» la política de su hermano mayor. No quería aceptar la política interior pasiva de Rodolfo ni las ideas cesáreas del Emperador en cuanto a la guerra turca; en 1608, llegó a desentenderse públicamente de su Rey y hermano. El número de partidarios de Rodolfo había disminuido considerablemente debido a su política inefectiva. Matías no tardó, pues, en conquistar sucesivamente áreas de poder, empezando en la periferia. Pronto se hizo con el poder en Hungría y parte de Austria. Este hecho era inaudito en tiempos del Renacimiento tardío, con la idea predominante de gobierno monárquico y Estado fuerte: ¡dos hermanos regios, en sendas capitales, disputando por el poder!

Tal desorden repercutía notablemente en las constelaciones políticas de la Monarquía. Tanto los países periféricos como los brazos de Bohemia sacaban provecho de la confusión:

- los de Hungría mediante la confederación con Matías, en febrero de 1608, inducida por la rebelión de los hayduks en el este del país. Se adhirieron a este pacto, a continuación, los estamentos de las Austrias superior e inferior.

- los de Moravia en la sesión de Cortes que se celebró en abril de 1608. Aprovecharon el momento y entraron en esa coalición, a instancias de Karl de Liechtenstein, no sólo para acabar con el gobierno de un regio oficial repudiado (Ladislao de Berka), sino también para salirse de la Corona bohémica y, por ende, de la órbita de Rodolfo. Por este hábil proceder, consiguieron, en junio de 1608, una Carta regia que garantizaba sus privilegios feudales y políticos, confirmados-otorgados por Matías.

Rodolfo tenía que «sincronizar» si no quería arriesgar el apoyo de sus, ya pocos, partidarios. Los estamentos bohemios recibieron, en julio de 1609, la respectiva Carta de privilegios que les concedió los instrumentos necesarios para erguirse, nueve años después, contra todo pretendido derecho de sucesión de los Habsburgo. No obstante el merecido regocijo de los estamentos, la ambigüedad dinástica no podía menos que ensanchar las grietas ya visibles en la Corona bohémica y en todo el Sacro Imperio, poniendo en peligro la integridad territorial del Reino.

Las grietas siguieron creciendo en los años posteriores gracias a otro «Bruderzwist» en la Casa de Austria, disputa, esta vez, entre primos¹⁰. Matías, nada más conseguir el título de *Rex Romanorum*, en 1612, se empeñó en asegurar una sucesión pacífica, proponiendo a su primo Fernando II [ver supr. II.2.]. La oposición surgió entonces en el oeste, en España, donde Felipe III y sus consejeros -Baltasar de Zúñiga, Ambrosio Spínola, el Duque del Infantado- se negaron a conformarse con tal propuesta. Empeñándose durante cinco años, acabaron consiguiendo, aparentemente, todo lo deseado: a cambio de que Felipe III, hijo de la archiduquesa Ana, hermana mayor de Rodolfo II, renunciara a todo derecho de sucesión a la corona bohémica, el monarca hispano recibió en el tratado de Oñate (marzo de 1617), territorios clave para el deseado Camino español a Flandes; tales territorios fueron Tirol, Alsacia y otros.

Este hecho nos viene de perlas en este breve artículo no sólo porque destaca el punto final de los sucesos analizados por Bahlcke, sino también porque aporta un dato contemporáneo conocido de la historia española. A consecuencia de este fatal lustro de duras negociaciones interdinásticas entre Viena y Madrid y la consecuente debilidad del Emperador en términos nacionales, los brazos de la Corona de Bohemia podían ganar fuerzas suficientes como para fraguar alianzas a través de las fronteras y, finalmente, elegir a un soberano de su agrado. Primero, la defenestración de tres oficiales regios demasiado solícitos, en mayo de 1618; después, en agosto de 1619, la elección de Federico del Palatinado -baluarte del protestantismo «duro»-. La mezcla de los factores mencionados -oposición estamental a un nuevo sistema monárquico, aumento y politización de las diferencias confesionales, difícil situación en la política exterior y discordia acusada en la propia dinastía- llevó a estallar el «puchero bohemio». Tal eclosión, no sólo afectó a la Corona bohémica, sino que causó la primera guerra moderna europea que arrasaría el continente durante tres décadas.

10. Magdalena S. Sánchez: «A House Divided: Spain, Austria, and the Bohemian and Hungarian Successions». En: *Sixteenth Century Journal* XXV/4 (1994), p. 887-903. Consultar, también: Peter Brightwell: «Spain, Bohemia and Europe, 1619-1621». En: *European Studies Review* 12 (1982), p. 371-399.

III

Joachim Bahlcke nos expone toda aquella difícil historia de forma magistral. Su monografía subraya, entre varios factores destacables, el primero aquí expuesto: el papel político-constitucional de los estamentos y la agudización de los conflictos entre Monarca(s) y súbditos privilegiados. Si bien ésta es una cuestión fundamental para el s. XVI en toda Europa, aquí cobró una dinámica peculiar gracias a la mezcla inflamable con los otros factores mencionados.

El autor subraya de pasada (p. 21) un dato fundamental: que tal tensión entre el rey y los súbditos no sólo puede explicarse mediante términos de conflictividad confesional. También juega un papel decisivo el que nos encontremos en una fase de graves cambios estructurales: de la época feudal al período (y estado) estamental, con repercusiones en el área económica, social y cultural, con los casos destacables del Sacro Imperio y Polonia. Tales cambios, por cierto, desembocarían, en gran parte de Europa, en la época absolutista; acaso la manifestación más evidente de este cruce de corrientes político-confesionales fuera la historia inglesa del s. XVII, con el desarrollo de un «absolutismo parlamentario».¹¹

Bahlcke se concentra en cuestiones de la historiografía clásica. Los actores principales son estamentos, reyes, obispos, eruditos, como confirma una ojeada por el índice de fuentes manejadas; listas impresionantes, por cierto. Poca abundancia, en cambio, respecto a líneas directrices más modernas: mentalidades, capas bajas de la sociedad, economía, etc. Tal enfoque, a mi modo de ver, conlleva riesgos de no percibir adecuadamente la múltiple realidad histórica en cuestión. Bahlcke parece confundir, a veces, los mensajes de textos y documentos, siempre intencionados, con la realidad como tal, y las ideas y convicciones constitucionalistas con los hechos políticos reales. Hasta cierto grado, sin embargo, tal concentración en los grandes actores de la historia política parece bien explicable, puesto que debe servir de «arado» en campos historiográficos mal carteados, preparando así futuras indagaciones, según líneas más innovadoras.

En el panorama desarrollado por Bahlcke hay pocos temas a echar en falta:

11. Hay que ser conscientes de estos cambios, si bien lentos, importantísimos. Una síntesis tan laudable, en el campo de la Historia económica española, como la del *Señorío y Feudalismo en la Península Ibérica*, Zaragoza 1993, 4 vols., editado por E. Sarasa Sánchez y E. Serrano Martín, no acaba de convencerme enteramente en cuanto a su planta. Parece algo arriesgado, para mí, abarcar un tema de esta envergadura e importancia, comprendiendo nada menos que ocho siglos sin neta cronología.

(a) El libro, para el lector occidental, presenta a la Corona de Bohemia con un enfoque muy bohemio-moravo, o sea, con perspectivas creadas *a posteriori*, a mediados del s. XIX, en los círculos académicos de Praga. Hay párrafos, de vez en cuando, con referencia a la pertenencia de aquella Corona al Imperio germánico, mas no parecen subrayar suficientemente la mutua dependencia entre Bohemia y el Imperio. Y es que, en la Edad moderna, había infinitos enlaces de vital importancia para las dos corporaciones. Es preciso destacarlo, puesto que sólo así llegamos a comprender la reacción en cadena que se inició en Praga el año 1618 y que acabó por sumir a todo el Imperio en el abismo de la Guerra de los 30 años.

(b) El carácter y la personalidad de los diferentes antagonistas son presentados de forma poco equilibrada. Bahlcke nos relata minuciosamente el orden constitucional de Bohemia, los líderes de los brazos -nobles y prelados, sobre todo-, los intercambios intelectuales con los focos de calvinismo y humanismo en los países occidentales, etc. No siempre logra crear por ello la tensión narrativa necesaria al lector para «sobrevivir» la lectura de unas 460 páginas. Hubiera sido ventajoso, desde el punto de vista narrativo, apoyarse también en los perfiles de los antagonistas de todos aquellos «héroes del constitucionalismo», los reyes, para no recordar aquel utilísimo lema de los juristas *Audiat et altera pars* que resulta imprescindible a la hora de sentar juicios historiográficos.

Bahlcke hubiese tenido amplia oportunidad de acercarnos a aquellos monarcas austríacos. Tanto Fernando I como el enigmático Rodolfo II han obtenido la atención merecida por parte de consumados historiadores. Baste con recordar la exposición opulenta *Praga alrededor de 1600*, que, con hincapié en la persona del monarca, se mostró en 1988¹².

(c) Cabe parar atención, brevemente, en otro aspecto poco utilizado por el autor. Bahlcke pasa por alto casi toda mención de Bellas Artes y Literatura de aquel período. Y esto que tanto la arquitectura, la escultura, el arte del manierismo festejado de Praga como la literatura renacentista (con la alemana naciente) ofrecen gran valor epistemológico al historiador de la edad moderna. Parece significativo que Bahlcke no mencione a Grillparzer y su *Bruderzwist en Habsburg* (escrito antes de 1848, publicado en 1872), obra clave para la interpretación de la historia austríaca de 1600

12. *Prag um 1600. Kunst und Kultur amb Hofe Rudolfs II*. Essen/Freren 1988. Ver también *Prag um 1600. Beiträge zur Kunst und Kultur amb Hofe Rudolfs II*. Freren 1988. Aquí, sobre todo, las contribuciones de R. W. J. Evans.

y las perspectivas adoptadas posteriormente. Tal acento hubiera contribuido, tal vez, a una mayor elegancia y legibilidad de tan concienzudo estudio.

IV

Ahora bien, ¿en qué consiste el interés de tal estudio para el curioso lector español? El libro ofrece una magnífica oportunidad para comparar dos momentos históricos semejantes en la época moderna: la fórmula aplicada por los Habsburgo a la hora de apropiarse y de manejar herencias políticas. Una ojeada a algunos datos históricos en los lados oriental y occidental de la Casa de Austria, nos sirve de apoyo:

- 1517 Advenimiento de Carlos I/V; papel de Adriano de Utrecht. Comuneros y Germanías.
- 1518 Programa de reformas institucionales en Austria por Maximiliano I/ Muerte y testamento.
- 1519-1522 Revuelta de los estamentos de Austria.
- 1526 Advenimiento de Fernando I de Austria (criado en España con su abuelo Fernando de Aragón); papel de Gabriel de Salamanca.
- 1521-1525 Reforma del sistema gubernamental en Madrid¹³.
- 1527 Reformas institucionales en Viena, a continuación en Praga.
- 1592 Cortes aragonesas de Tarazona.
- 1608 Pacto de Lieben, Moravia. Carta de privilegios a los brazos.
- 1609 «Majestätsbrief» en Böhmen. Carta de privilegios a los brazos. Pacto de mutuo apoyo entre los estamentos de Bohemia y Silesia.
- 1611 Destitución de Rodolfo II por Matías, después elegido rey de Bohemia.
- 1619 Confederación Bohémica.
- 1624ss Proyecto, en España, de la Unión de Armas.

Hay paralelismos obvios: tanto en Bohemia como en Castilla, esa «dinastía de feliz enlace» estrenó nuevo gobierno en territorios nuevos. Tanto allí como aquí, se trataba de Coronas dilatadas y heterogéneas que

13. P. Fernández Albaladejo: *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de historia política*. Madrid 1992, p. 88.

contaban, además, con sendas historias particulares. Si bien los reyes respectivos inmediatamente se pusieron a ganar el control sobre los territorios recién adquiridos y aumentar el grado de racionalización y centralización, mantuvieron, durante todo el siglo, el contacto mutuo entre las residencias en Castilla/España y Bohemia/Austria, fortaleciéndolo mediante una serie de matrimonios interfamiliares y crianzas entrecruzadas.

A la hora de establecerse en los nuevos estados, las dos ramas recurrían, evidentemente, a la herencia común. En vez de orientarse hacia un modelo de gobierno austríaco, practicado por el abuelo y bisabuelo en Viena y Graz, Carlos o Fernando de Austria tiraban, como parece evidente, hacia el modelo más moderno, el de Borgoña-Países Bajos.

Fue allí donde la línea menor de la dinastía de los Valois había desarrollado, entre 1363 y 1477, todo un sistema para apropiarse y estructurar eficazmente un conglomerado de países heterogéneos. La comparación entre el aspecto geográfico-histórico de Borgoña con sus logros económicos, militares y artísticos en el s. XV ilustra el grado de efectividad alcanzado por aquel sistema político. Elementos importantes del cual fueron, entre otros, la introducción de un sistema coherente de tribunales de revisión y apelación, la reforma de las asambleas de estamentos, la introducción de tesorería general y de una nueva administración fiscal, la política de orientar a los nobles de los varios países a la capital y familia regia¹⁴.

Si bien este sistema practicado en el estado-patria de María de Borgoña y Felipe I no pudo madurar, debió influir mucho en los descendientes de Maximiliano I de Austria, quien tan hondo impacto recibió por la riqueza y la «modernidad política» del país de su esposa¹⁵. Los ecos de aquel período podemos rastrearlos en las políticas aplicadas por Carlos V y Fernando I de Austria. Resultaría muy instructivo, me parece, ir estudiando de forma comparativa los resultados de los casos respectivos la historia española y la bohemia del s. XVI.

Ahora bien, es procedente destacar, al lado de los paralelismos (que aquí no puedo indagar), las diferencias; fueron éstas, al fin y al cabo, las que finalmente se impusieron. A partir de 1555, las historias fueron

14. R. Vaughan: *Philip the Bold. The Formation of the Burgundian State*. London 1979.

15. Hermann Wiesflecker: *Maximilian I*. München 1991, cap. 3.

alejándose hasta que, en 1618-19, se rompe, en cierta medida, la comparabilidad. Es cierto, los Austria iban introduciendo, tanto en España como en Bohemia, formas de gobierno muy comparables. Los resultados, bastante diferentes y perfectamente visibles por los datos indicados entre 1592 y 1608-09, ponen de relieve los elementos no compatibles. Hay, a mi parecer, cuatro elementos principales, correspondientes a los factores destacados en capítulo II:

(a) La situación político-institucional -por comparables que parezcan los órdenes institucionales de, digamos, Silesia/Corona de Bohemia/Monarquía de los Austria versus Cerdeña/Corona de Aragón/Monarquía española- en el este fue más complicada, a causa de la pertenencia de los Erbländer austríacos («Países de herencia») al Sacro Imperio. El orden y las instituciones del Imperio, todavía medievales, y la situación institucional compleja en los países menores de la Corona de Bohemia -Silesia y Lusacia, sobre todo- frenaban los intentos de introducir relaciones y jerarquías eficaces y racionales. El privilegio de seguir ostentando el cargo de Emperador, durante todo el período en cuestión, no era fácil para la rama austríaca de los Habsburgo.

(b) La situación estratégica fue otro factor diferenciador. Como se ha destacado aquí (ver supra II.3.), los estamentos habían mantenido y desarrollado formas autóctonas de actuar política o militarmente: milicias propias, sistemas eficaces de manutención y entrenamiento, métodos de cooperación estamental a través de las fronteras de provincias y países. A diferencia de la historia moderna en España, este poder militar y político autóctono de los estamentos podía mantenerse desmochado durante gran parte del s. XVI en los países austríaco-bohemios para volver a surgir y funcionar cuando fuera necesario.

Acaso las coetáneas Confederación Bohémica y Unión de Armas pueden ejemplificarlo. En Praga se fraguó, a instancia de los brazos de varios países, una confederación combativa supraregional, en contra de la dinastía reinante. En España, en cambio, no hubo, en aquellos años, solidaridad estamental que superara las fronteras; la Revuelta de Aragón y, más tarde, la Guerra de los Segadors, fueron en solitario cada vez. En cuanto a la Unión de Armas, cuando cierta solidaridad militar parecía necesaria, sólo pudo alcanzarse, hasta cierto grado, mediante fuertes presiones desde el poder.

(c) El tercer factor decisivo fue el grado de conflictividad dentro de la misma dinastía. En Castilla había, desde 1469, una continuidad lo bastante clara como para que la corona se estableciese como superior a cualquier grupo u orden político. Y, como durante décadas no surgieron tampoco conflictos graves por la sucesión, se fortaleció la dinastía hasta tal punto que el orden político en toda España no se tambalearía seriamente durante las crisis acumuladas de los años 1640. En Bohemia, el poder monárquico no iba a consolidarse hasta a partir de 1526, con la llegada de Fernando I. Entorno a 1600 surgió el conflicto más grave: la lucha interdinástica por el poder, que tan gravemente afectaría al orden público y constitucional. Ambos motivos -la autoridad menos acentuada de la corona y el «Bruderzwist» dentro de la dinastía- se conjugaron, como hemos visto, a partir de 1608 llevando al país a un callejón sin salida.

(d) Queda por destacar el motivo más dramático: el impacto de la reforma protestante. En el capítulo II.2., he intentado destacar las repercusiones políticas de las disputas confesionales. Los Austria no llegaron a cegar la corriente protestante que limaba todo el Imperio. Como el movimiento se aglutinó con la política a su alrededor, las «uniones» y «confederaciones» llegaron, normalmente, a reunir todas las fuerzas opuestas a los monarcas. La Confederación Bohémica, que cierra el libro de Bahlcke, no podía, por ende, sino poner en peligro a toda Bohemia, Alemania, Europa. Lo más peligroso al orden establecido fue, sin duda, el componente confesional. Parece que no hubo en Europa durante todo el s. XVI, coalición suprarregional alguna que sólo se basase en problemas de orden político e institucional. Nada más conjugarse gravámenes institucionales con quejas por opresión religiosa surgían apoyos y partidarios a través de Europa. Bahlcke destaca merecidamente, por ejemplo, los lazos entre los protestantes de Bohemia, los colegios y las universidades calvinistas y el Principado del Palatinado, país originario del Rey bohemio electo en 1619¹⁶.

En España, como es sabido, los intentos de reforma protestante no cuajaron; jamás se juntaron con cuestiones de religión los conflictos entre países de la Corona de Aragón con la Corte. Los «dissenters» que había fácilmente podían marginarse puesto que normalmente se trataba de otras

16. Bahlcke 1994, cap. IV.3.

etnias -judíos, marranos, moriscos-. Puede que por ello la historia peninsular no conociera en los siglos XVI y XVII estallidos tan desastrosos como la Guerra de 30 años incubada en Bohemia, cuyos inicios constitucionales nos ha aclarado Bahlcke.

Los factores aquí enumerados ayudan a aclarar el motivo por el que los gobiernos de dos hermanos, iniciados en la vida política más o menos paralelamente, iban a desembocar en resultados tan diferentes. Por más que los dos recurriesen a comunes métodos borgoñeses de gobierno, sustrato e influencias poco controlables acabarían encauzando las historias respectivas en corrientes particulares. La mirada comparativa del historiador, no obstante, ayuda, como en este caso, a descubrir rasgos comunes a través de la distancia. Los hay que hasta enlazan la historia de Bohemia y la de España¹⁷. La Historia puede contribuir algo a comprender ese continente enigmático que llamamos Europa.

17. Es justo mencionar otros lazos históricos entre los dos países. Con motivo del quinto centenario O. Kaspar destacó el papel de los religiosos misioneros que viajaron a las Américas - O.K.: *Zámorské objevy/Descubrimientos de ultramar*. Praha 1992; toda una historia del encuentro entre dos mundos, elaborada a base de los archivos checos.